

PREMIS EN LLENGUA CASTELLANA

(a sota trobareu els textos)

1-PREMI POESIA Categoria A (1r i 2n ESO)

CURS: DESERT
TÍTOL:
ALUMNE/A:

2-PREMI NARRATIVA Categoria A (1r i 2n ESO)

CURS: DESERT
TÍTOL:
ALUMNE/A:

3-PREMI POESIA Categoria B (3r i 4rt ESO)

CURS: 3r.A
TÍTOL: Carta al sauce llorón
ALUMNE/A: Laura Simic

4-PREMI NARRATIVA Categoria B (3r i 4rt ESO)

CURS: 4art. B
TÍTOL: Y entonces la rutina
ALUMNE/A: Julián Colunga

5-PREMI POESIA Categoria C (1r i 2n batxillerat)

CURS: 2n D
TÍTOL: Ofelia
ALUMNE/A: Blanca Ruiz

6-PREMI NARRATIVA Categoria C (1r i 2n batxillerat)

CURS:1r.
TÍTOL: Campanas a muerto
ALUMNE/A: Isabel Lammens

CARTA AL SAUCE LLORÓN

Querido sauce llorón
que lloras como yo,
que buscas alegría
en un bonito día,
y solo encuentras un llanto más,
otra razón para llorar.

Querido sauce llorón
quieres buscar la libertad
y aunque sepan que estás
nunca te quieren mirar.

Querido sauce llorón
todos te ignoran sin más
¿lo hacen sin querer?
eso da igual, lo hacen, y ya está,

Querido sauce llorón
quiero que dejes de llorar.
por un segundo,
por un minuto,
por una hora,
y cada vez por más.

Querido sauce llorón,
es hora de que empieces a ignorar
y te empieces a alegrar.

Laura Simic (3r ESO)

Y entonces, la rutina...

Siempre es lo mismo: rutina, lo que más odio. Levantarse, comer, ir a correr con mi compañero, luego volver a casa, dormir la siesta, salir con el más joven y quedarse sentada durante horas esperando en un banco, viendo que hace el pequeño con sus amigos en el parque. Ya a la hora de volver a casa, llegar aparentando ser feliz para que te presten atención. Luego, cuando los niños no te dan la lata, aprovechar para tumbarse en el jardín. Luego la cena, siempre la misma cena. Ya por último, a la hora de acostarse, tienes que revisar que la puerta quede cerrada, y por las noches, estar alerta a cualquier ruido, pues ese es tu trabajo: vigilar, aunque solo sea de noche. Pues bien, un día, a la hora de comer, nadie se presentó en casa, pues se habían ido a ver a la abuela, pero claro, ¿Quién se digna en avisarme? Pues nadie. Solo queda esperar a que regresen para regañar a toda la familia, pero cuando regresan, se me olvida por completo y vuelvo a ser la más feliz del mundo, solo por estar con la familia, y sabiendo que siempre están aquí conmigo. Bueno, todo cambió un día en que me llevaron en coche a un extraño lugar, donde había gente rara que olía curiosamente bien. Pues me llevaron a una pequeña casita con esa gente rara en medio del bosque, y se despidieron con un simple "te echaremos de menos". Pues si de verdad me echasen de menos, no me habrían dejado aquí, llevo 2 meses en este bosque y ya tengo que apañármelas sola, pues la gente rara se marchó al cabo de tres días y me dejaron encerrada. Tuve que hacer mucho ruido para que me oyera alguien. Cuando por fin me oyó alguien, reventó la puerta y solo verme fue a por mí, pero me escabullí entre sus piernas y logré escapar. Ahora vivo en el bosque, busco comida y me dedico a dejar mi olor por ahí, por si alguna vez mis dueños se dignan en volver a recogerme. Es duro ser una perra de raza mestiza, ya que te miran raro, pero bueno, ya estoy acostumbrada. Aunque pensándolo bien, la rutina no era tan mala después de todo.

Julián Colunga (4t ESO B)

Ofelia

"El más terrible de todos los sentimientos es el sentimiento de tener la esperanza muerta."
- Federico García Lorca

*Me hundo en un amargo tedio,
me hallo y a la vez me pierdo.*

*Nado sola entre mañanas frías,
yo tan azul, y el mundo tan dormido,
naciendo lentamente bajo mis pestañas.
Lo ahogo todo en este oscuro olvido.
Si enciendes la vida, apágame el alma.*

*Me duelen los colores, el cuerpo y la paz,
las verdades, las mentiras;
tus palabras... ¡qué mas da!
Todo me duele; y veo al Sol llorar.*

Mueren sellados sus ojos,
Hastados, tristes y fríos;
ayer brillaban dichosos,
ojos cerrados, dormidos.

Dejadla vacía, dejadla flotar;
sin rumbo, a la deriva-
¡Suéltala, realidad!
¡Desátame, abandóname,
libérame ya!

Entre flores, de mármol;
tan bella al flotar.
Ya no duele, ya no sufre.
La esperanza muerta está.
... Y veo al Sol llorar.

LAERTES

Blanca Ruíz de Conejo (2n BTX D)

Campanas a muerto

La silueta del campanar de la iglesia se recortaba contra el amanecer. Siempre me había gustado ir a ver cómo el sol salía por detrás de la iglesia, coronándola con una luz dorada que te hacía entrecerrar los ojos por la intensidad. La sombra del edificio, a medias entre románico y gótico, se estiraba por el suelo lánguidamente, y el contorno indefinido de la negra sombra del campanar parecía estender sus dedos hacia mí, cómo si quisiera aferrarme entre sus garras oscuras.

Yo me mantenía derecha a unos metros de la entrada de la iglesia, observando impassible el ángel de piedra que reposaba en la bóveda que cubría la entrada, que tenía la mirada vuelta hacia el cielo. Las campanas tañían tristemente, tocando a muerto, llenando el pequeño patio que había delante de la iglesia de un sonido lleno y triste, que se mantenía suspendido en el aire durante unos segundos antes de desaparecer para dar paso a otros dos tañidos. Miré las campanas, y seguí durante unos minutos su movimiento hipnótico: arriba y abajo, arriba y abajo, arriba y abajo...

Pronto la gente empezó a llegar, todos vestidos de negro, con los semblantes tristes y adoloridos, algunos más y algunos menos. Pensé en que mucha de la gente que se estaba reuniendo allí no tenían nada en común antes de llegar a la iglesia y algunos ni siquiera se conocían entre ellos, pero ahora todos compartían el mismo dolor. Me puse las manos en los bolsillos y me estremecí por la brisa que se empezaba a levantar, aunque el viento me atravesaba cómo lo habría hecho un cuchillo al intentar cortar el agua. Estaba justo en medio de la gente, y aún así nadie sabía que yo estaba allí. Supongo que no podían verme, del resto ya me habían advertido. Llegaron al fin los que llevaban el ataúd, y me estremecí al pensar que allí dentro estaba yo. Bueno, más que yo, mi cuerpo.

El interior de la iglesia era tal y cómo yo lo recordaba desde aquella última vez en que había estado allí, cuando aún era muy pequeña. Las mismas estatuas descoloridas por el tiempo descansaban en sus pequeños altares situados a un lado y otro de la nave principal del edificio, y tal y cómo recordaba yo, los bancos de madera oscura perfectamente pulida se encontraban distribuidos en dos filas perfectas, y no había ni una mota de polvo ni sobre ellos ni sobre los pequeños libros de tapas azules que descansaban sobre cada uno de esos bancos. La gente se sentó, y yo me quedé de pie delante de mi ataúd, cubierto en flores amarillas y azuladas. Puse una mano sobre el ataúd, pero lo atravesé sin más. Me la miré. Parecía tan sólida cómo siempre lo había estado, y no obstante, no existía. Yo no existía. "No soy real" pensé, pero en cierta manera sí que lo era. Al menos, a mí mi mano me parecía real. Pero sabía que nadie más podía verla, ni a mi mano ni a mí.

Me quedé de pie al fondo de la iglesia, que cómo siempre estaba parcialmente en la penumbra, a excepción de las irregulares explosiones de colores que aparecían en el suelo debido a las ventanas estrechas de vidrio de colores. Alcé la vista, resiguiendo los contornos de las columnas, cada una de un estilo

diferente, hasta llegar a la inmensa bóveda que hacía de techo, y que reposaba sobre unos arcos que partían de cada una de las columnas y se entrelazaban entre ellos. Después empecé a pasear la mirada por cada uno de los presentes a mi funeral, escrutándolos con mis ojos grises inexistentes, y me dí cuenta que a muchos ni los conocía. Mi familia estaba en el banco más cercano al altar y al ataúd, y mi madre lloraba en silencio, secándose las lágrimas con su pañuelo negro. "Nunca debería morir un hijo antes que sus padres" pensé, triste. Me quise acercar a ella, pero sabía que si intentaba tocarla mis dedos la atravesarían cómo si fuese aire. La quería consolar, pero en cierta manera resultaba bastante irónico que la quisiera consolar por mi propia muerte, aunque hubiese podido hacerlo.

Asistí a toda la cerimonia sin casi moverme del sitio en el cual me encontraba, al fondo de la iglesia, y sin proferir palabra. Igualmente, nadie me habría oído si hablaba, así que, ¿para qué intentarlo? Poco a poco, al final del rito, toda la gente se fue marchando, dejando sólo a mi madre y algunos de mis familiares más cercanos. Quería tocarlos, quería hablarles y decirles que todo estaba bien, que la vida podía continuar sin mí, que no llorasen. Me acerqué a mi madre, y puse mis manos etéreas sobre sus hombros, sin tocarlos. Ella levantó la cabeza, pero no pareció verme.

-Estoy bien, mamá. No llores.

Pero ella no me veía, no me oía. Una figura encapuchada se materializó ante mí, y me tendió sus largos y huesudos dedos. Se le podían ver unas alas replegadas que despuntaban de su espalda y rozaban levemente el suelo. Le sonreí a mi madre, consciente de que no podía verme, y me encaminé hacia la figura etérea vestida de negro, cogiéndole la mano. Ésta me agarró contra sí y desplegó las alas, impidiéndome escapar. Grité el nombre de mi madre, y ésta se giró perpleja. Sonreí, despidiéndome de ella con la mano, y ví cómo sus labios pronunciaban mi nombre.

De repente la iglesia se resquebrajó cómo un vidrio que se rompe en mil pedazos, y fuí envuelta por una oscuridad densa y muy familiar. Me pesaban los párpados, y lentamente abrí los ojos. ¿Estaba en...?

Isabel Lammens